



DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 37

FEBRERO 2005



Hacia una Teología práctica de la Liberación:
LAS HOMILÍAS DE MONS. ROMERO

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

“Siempre me intereso por los vínculos entre la espiritualidad y el compromiso por la justicia. Mi encuentro con la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base ha cambiado mi vida para siempre. He dedicado los diez últimos años de mi vida a la solidaridad con América Latina y al estudio del pensamiento de Mons. Oscar Romero”. Yves Carrier.

Con este documento traemos una aportación teológica al Año Jubilar de Monseñor Romero. Aportación que Yves Carrier elabora abordando las homilias de Óscar Romero como ejemplo de un discurso religioso inserto en una práctica de liberación. Esta práctica de la liberación realizada dentro del horizonte teológico está definida por la promoción de los valores correspondientes al Reino de Dios. Por ello la calificamos de “Reinocéntrica”. Como observamos a lo largo de este artículo, Óscar Romero consagró su práctica y su discurso a este fin.

Yves Carrier, canadiense de 38 años y padre de tres hijos, es doctor en Teología de la Universidad de Laval (Quebec- Canadá), dedicado al estudio de la Teología de la Liberación, a las comunidades eclesiales de base y a la historia de la Iglesia latinoamericana. Prepara una biografía histórica sobre Monseñor Oscar A. Romero.

Vivió en América Central y Brasil entre 1996 y 2000. La experiencia sobre el terreno cerca de los pobres y de los que trabajan por su liberación transformó definitivamente su percepción de la realidad y del nuevo sujeto histórico que emerge gracias a sus esfuerzos de organización.

Acaba de publicarse su tesis en francés, titulada “Le discours homilétique de Mgr. Oscar A. Romero. Les exigences historiques du Salut-Libération”. En su presentación afirma que su pertenencia a redes de solidaridad ha sido determinante en su manera de aprehender la problemática latinoamericana, a partir de sus intercambios con la gente que trabaja por la transformación social desde la base o desde sus cargos universitarios o episcopales.

En el marco de la celebración del XXV Aniversario del Martirio de Monseñor Óscar A. Romero, Yves Carrier participará en la Semana de Teología que se celebrará en El Salvador del 28 de marzo al 1 de abril de 2005, en el Simposio Teológico sobre Mons. Romero, con la ponencia titulada “Las exigencias teológicas de la salvación liberación en Monseñor Romero”.

Nos ha parecido interesante contar con este material y, por supuesto hacerlo llegar a todos vosotros. Y, como siempre, si os ha gustado, difundidlo.

Hacia una Teología práctica de la Liberación: EL EJEMPLO DE LAS HOMILÍAS DE MONS. ROMERO

RESUMEN: *Como una Teología práctica de la Liberación, la predicación de Romero contrapone el pecado que obra presente en toda sociedad, a fin de tener una idea clara de la Salvación-Liberación. El Antiguo Testamento le sirve de borrador para explicar la intención de Dios de formar un pueblo que participe en la construcción de un Reino de justicia y de paz. Él insiste en la importancia de tener una visión precisa de la persona y de la misión del Jesús histórico y del Jesús resucitado. Esto implica una restauración de la vivencia eclesial, concebida a partir de ahora como una presencia orgánica y mística de Cristo en la Historia. Los cristianos y la gente consciente de esta misión pueden convertirse en heraldos de Dios mediante sus actitudes y su palabra profética.*

Podemos comprender este título en un doble sentido: como una teología práctica que se interesa por cuestiones relacionadas con la liberación, o también como teología considerada práctica de liberación¹. Esta Teología enfocada como un elemento reflexivo en la praxis de la liberación, trabajará por el despertar de una conciencia solidaria en el seno de las clases populares. Recíprocamente, se inspirará en los movimientos sociales formados por aquellos que se comprometen en la transformación de la sociedad a partir de un punto de vista crítico respecto de las estructuras económicas y políticas. Tal teología, que tiene la pretensión de estar al servicio de la liberación de los pobres y de los oprimidos, deberá primero ponerse a escuchar la realidad a fin de destapar los motivos de las injusticias, las estructuras opresivas, así como la producción ideológica que invierte las premisas en su presentación de los hechos.

La cultura, como productora de opiniones, incluye la reflexión teológica realizada a partir de la realidad. En Latinoamérica, en general, donde la fe pertenece siempre a la idiosincrasia de los pueblos, este pensamiento se recibe como una sentencia profética que tiene el poder de transfigurar las contingencias humanas. Desde esta perspectiva, la emisión de un discurso simbólico que tenga por objeto la realidad social con la intención de transformarla, será creadora de una opinión liberadora de la historia para llegar a fundamentar un "ethos" diferente del propuesto por el discurso ideológico dominante. Por otra parte, esta práctica de la liberación realizada dentro del horizonte teológico está definida por la promoción de los valores correspondientes al Reino de Dios. Por ello la calificamos de "reinocéntrica"². Como observaremos a lo largo de este artículo, Óscar Romero consagró su práctica y su discurso a este fin.

La teología, en tanto que producción intelectual, se presenta diferente de los discursos religiosos que ella emplea como objeto de su análisis ayudado por conceptos que le son propios. Empleando criterios útiles para el discernimiento del valor relativo de toda empresa humana y para la crítica sistémica, asimismo se presenta para ofrecer, desde este punto de vista particular, un distanciamiento respecto a otras formas de discurso presentes en la sociedad. Esta función de la teología práctica permite interpretar las posturas políticas, económicas, sociales, culturales, etc., desde las exigencias éticas planteadas en las Escrituras. Considerando esta contribución esencial de la teología práctica a la reflexión humana, en tanto que da lugar a comunicar ese sentido de la trascendencia presente en el interior y más allá de los intereses particulares y a corto plazo, parece justo decir que todo discurso ideológico, incluso científico, se vuelve cuestionable desde el punto de vista teológico.



Extrayendo sin descanso de este inmenso receptáculo de opinión constituido por las grandes tradiciones religiosas y filosóficas que representa la herencia de la sabiduría y la experiencia humana, la teología contemplada como práctica de liberación ejercerá su arte cuestionando todas las pretensiones del poder absoluto fundado sobre la posesión de una verdad última, aun religiosa. Utilizando a veces un lenguaje metafórico, ella descubre con su luz las incongruencias del sistema, insistiendo siempre en el carácter sagrado de la vida como principio primero que se ha de observar en el desarrollo de una sociedad.

En este artículo, abordaremos las homilias de Óscar Romero como ejemplo de un discurso religioso inserto en una práctica de liberación. Para ello, resulta necesaria una breve presentación del contexto de la elaboración y emisión de dicho discurso. A continuación, trataremos cinco grandes temas presentes en la parte hermenéutica de las homilias de Óscar Romero durante el periodo de 1977 a 1980³.

I. INSERCIÓN EN LA REALIDAD ORIENTADA HACIA UNA PRÁCTICA DE LIBERACIÓN

Óscar Romero (1917-1980) adquirió renombre internacional como defensor de los derechos humanos en el momento en que desempeñaba las funciones de arzobispo de San Salvador (1977-1980). Fiel a esta opción por las víctimas de la historia, se rodeó de un equipo de profesionales para juzgar de manera crítica y objetiva las dimensiones conflictivas de la realidad social: derechos humanos y asociativos, educación, reforma agraria, mortalidad infantil, índice de desnutrición, analfabetismo, condiciones de trabajo, etc. Supo igualmente escuchar los conmovedores testimonios de su pueblo, víctimas de exacciones por parte de las fuerzas del orden. Su correspondencia se convierte en el último recurso de las situaciones desesperadas que engendran la miseria y la opresión. De ahí extrae los materiales que van a dar poder y relieve a su prédica. Así se propone situarse de forma consciente ante la historia a fin de juzgarla como un proyecto, según los criterios del Reino de Dios.

Más allá de las exigencias de la justicia cristiana enseñadas por la doctrina social de la Iglesia, él indica un camino de Salvación y liberación, demostrando en sus homilias que la una no va sin la otra, que es necesario a la vez liberarse del pecado para entrar en el Reino de Dios, salvar al pueblo de todas las formas de esclavitud para conducirlo hacia su vocación de hijo de Dios y de liberador del género humano. En su enseñanza moral y catequética, la práctica de la justicia social va unida a la responsabilidad personal que él asocia a las virtudes tradicionales como esenciales para el desarrollo armónico desde los microcosmos de proximidad, como las familias o las

comunidades de vecinos, hasta las más altas funciones políticas o administrativas.

La fuerza de su argumentación reside principalmente en el vínculo que llega a establecer entre los conceptos clave de la teología de la liberación y las antiguas formas de piedad popular por una parte, y entre los relatos bíblicos y la realidad socio-política, por otra. El sabe inspirarse en los "mitos" antiguos para revelar el carácter permanente de las luchas entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, la gracia y el pecado, la vida y la muerte, en el interior de esa búsqueda inacabada que representa la construcción del hombre nuevo y de la sociedad ideal.

Todo esto hace emerger las autenticidad de su persona, que transmite un mensaje único en esa época de la historia de El Salvador. En efecto, debe suplir el silencio de los medios de comunicación que se ven sometidos por la censura del régimen militar. Él es, pues, el único que pronuncia una palabra de verdad en este nivel mediático; verdad histórica que se basa en los hechos en lo que concierne a la situación de los derechos humanos y verdad evangélica en lo que se refiere a la voluntad divina que es constantemente burlada por la injusticia y los atentados contra la vida. Sus homilias narran los acontecimientos trágicos, igual que los destellos de esperanza respecto a una eventual resolución pacífica del conflicto. Por un lado, él denuncia y pone en guardia a los poderosos contra su ceguera que empuja al pueblo a la insurrección armada; por otro, llama a la gente a permanecer paciente y a organizarse para hacer valer sus reivindicaciones con una sola voz.

Una homilía dura una media de diez minutos; Romero aumenta ese tiempo a más de un hora y llegan a alcanzar hasta dos horas a lo largo de los últimos meses de su vida. Además es asombroso cons-

tatar hasta qué punto estos auténticos cursos magistrales son seguidos con asiduidad por el pueblo salvadoreño. Su palabra es acogida como una verdadera buena noticia en medio de la propaganda de desconfianza y de terror difundido por los medios de comunicación, ella actúa como un bálsamo sobre las angustias y la aprensiones de sus fieles.

Una homilía reúne normalmente algunos centenares de personas todo lo más; las predicaciones de Óscar Romero, auténtico fenómeno mediático, alcanza varios millones de oyentes gracias a las ondas de la radio diocesana. Ciertos sondeos de la época registraron una cuota de audiencia de más del 70 por ciento de la población de El Salvador; incluso sus detractores le escuchaban con la esperanza de descubrir los fallos de Romero ante la ortodoxia católica, sus detractores dicen que Romero es herético.

Sus intervenciones se construyen en torno a dos ejes principales; el primero se concentra sobre el aspecto teológico de las lecturas del día, mientras que el segundo constituye un verdadero diario de los acontecimientos eclesiales y políticos de la semana en lo que se refiere a los derechos humanos, a los derechos de asociación y a la persecución de las que son víctimas los miembros de organizaciones sindicales, estudiantiles, populares o eclesiales. Estos comentarios son siempre presentados desde la perspectiva de la Palabra de Dios, recuperando así el potencial evocador de la *doxa divina*.

En Occidente, por ejemplo, a ningún dictador o régimen tiránico le gustará ser comparado con las tropas de Herodes el



grande asesinando a los niños. Incluso si no podemos establecer fuera de toda duda la veracidad histórica de estos sucesos bíblicos, se produjeron verdaderamente bajo el mandato episcopal de Romero puesto que los militares asesinaban mujeres y niños. Por eso, él apela constantemente a la conciencia moral de los soldados de su país a fin de que respeten el mandato divino de no matar. Para el opresor el castigo corresponde a una falta cometida de manera que intenta convencer al oprimido de su propia falta. Por sus palabras apaciguadoras, el arzobispo libera al pueblo de toda sensación de culpabilidad, él invierte así la carga de la prueba, despojando a la vez al régimen opresor de toda legitimidad.

II. LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

La definición misma de la institución eclesial que Óscar Romero coloca por delante en su pastoral de unidad, según los criterios promulgados por el Concilio Vaticano II de una Iglesia Pueblo de Dios, influye de manera determinante sus tomas de postura. En un país con mayoría católica como El Salvador, violentar al pueblo y atentar contra sus derechos fun-

damentales es atacar a la Iglesia misma. Ésta última, bajo el impulso de su pastor, no se define ya como una institución que buscar defender sus privilegios, sino más bien como el conjunto del pueblo de creyentes. Mediante su discurso, logra establecer una correspondencia perfecta en el espíritu de las gentes entre la pertenencia a la Iglesia como pueblo de bautizados y el compromiso en el seguimiento a Cristo para concretar los signos manifiestos de la presencia de su Reino. Definiendo las exigencias propias de ese estado, él convoca al conjunto de la nación a un renacimiento social, político y cultural pero, sobre todo, espiritual.

La implicación de la Iglesia de San Salvador en solidaridad con los pobres, incluso hasta su martirio, ha hecho de ella un nuevo modelo de coraje eclesial para la Iglesia universal. Romero da testimonio de una confianza en el Espíritu que guía a su pueblo, no desea apagar sus ardores sino orientarlos hacia la construcción del Reino de Dios. No comprende el papel de la Iglesia como el de un grupo separado de la sociedad donde está implantada. A sus ojos, cada Iglesia nacional debe poseer su propia identidad y ésta sólo puede desarrollarse a partir de su arraigo en la cultura y el conocimiento de las necesidades del pueblo del que procede⁴. En adelante, la Iglesia no debe ser más una copia conforme a la liturgia romana, o de una cultura elitista, ella debe reflejar el alma misma del país donde lucha por encarnarse, ser creíble y hacerse oír. De repente, en tanto en cuanto se desprende de sí misma para ir al encuentro de la gente en la plaza pública, la Iglesia de San Salvador ha conocido el

mayor crecimiento en sus asambleas litúrgicas y en sus obras vocacionales.

Dentro de esta práctica pastoral y teológica, los pobres deben volver a ser el epicentro a partir del cual se realicen la edificación y la expansión del Pueblo de Dios. Para esta teología, allá es donde se manifiesta el obrar del Jesús histórico, en la fraternidad de la gente simple y en su fe a toda prueba. Por eso, inspirándose en la *Kénose* y en el ejemplo de humildad de la vida y predicación de Jesús de Nazaret, la Iglesia debe desprenderse de lo que constituye una ostentación inútil que debe defender a cambio de pesados compromisos en favor de los que la financian. Esta perspectiva eclesial nueva que emerge a partir del concilio, le permitirá redescubrir su primera razón de ser que es el anuncio de la Buena Noticia de la Liberación. Este nuevo kerigma implica la condición de resucitado que explica la realidad mesiánica de los que viven en Jesucristo. Además, han vencido al fatalismo impuesto por los ídolos, ya no temen la muerte física y avanzan con determinación hacia la erradicación del pecado de los corazones y de las estructuras.



Como no deja de repetir, esta solidaridad con la causa del pueblo pobre es lo que ha conducido a su Iglesia a denunciar las estructuras de injusticia y a ser perseguida como subversiva del orden establecido. Esta identificación de Cristo con el hombre de la calle le hace sufrir la misma suerte que los no ciudadanos de los que se puede disponer haciéndoles desaparecer. Este Cuerpo glorioso de Cristo en la historia constituido por el mundo de los pobres, también ha llevado a la Iglesia a conocer los efectos perversos del pecado estructural que mantiene en la miseria a la gran mayoría de la humanidad⁵. Esta apertura al mundo real ha proyectado a la Iglesia dentro de un dinamismo permanente de renovación, dejando de refugiarse en las verdades inmutables de sus dogmas, entra en el esfuerzo dialéctico de comprensión de las fuerzas que agitan al mundo moderno. Una cierta percepción de una Iglesia ingenua, demasiado pura para mezclarse en los auténticos empeños que conciernen la suerte de millones de personas, se ha desvanecido por el carácter decidido del compromiso de todo un pueblo y toda una Iglesia detrás de su pastor. En efecto, Romero no suscitó un conflicto social, como algunos detractores le han imputado, sino que reveló la naturaleza profunda que permanece asociada a una estructura de pecados, a un sistema de representaciones idolátricas y a un egoísmo de las clases oligárquicas como amenaza real a la verdadera salvación de los hombres.

En el Salvador, ya que bajo este ángulo cada grupo humano debe ser considerado específicamente, la Iglesia Pueblo de Dios se construye a partir de la base, de los laicos conscientes de su misión de bautizados que eligen abandonar una cierta pasividad social. Esta concepción proviene de un modelo igualitario donde se exige que el poder eclesial

esté al servicio de las necesidades fundamentales de las comunidades, pero este nuevo paradigma entra en confrontación con el antiguo modelo donde cada uno ocupa su rango, en la iglesia y en la sociedad. El arzobispo participa de esa nueva eclesiología poniéndose a la escucha de su pueblo, reunido alrededor de la Palabra.

En Latinoamérica, la palabra "pueblo" hace referencia a la mayoría pobre y oprimida, en oposición a la aristocracia dominante de la clase oligárquica. Es una palabra situada socialmente y que posee un fuerte contenido polémico. La Iglesia Pueblo de Dios corresponde semánticamente a la expresión Iglesia de los Pobres. A la inversa, la famosa opción preferencial de Puebla a favor de los "pobres" se convierte para Romero en "la opción preferencial" para el pueblo que desea ver organizarse. Él asocia esta palabra a la consciencia de un destino común frente a la masa de gente manipulada sin fin por los poderosos⁶.

Como todos saben, la Iglesia es el fermento del Reino que busca establecerse en el mundo. La convicción profunda de este pastor es que Dios quiere salvar a su pueblo y a todos los pueblos haciéndoles conscientes de su vocación trascendente en el corazón de la historia⁷. Para llegar a ese nuevo estado, la Salvación-Liberación a la que da acceso la conversión a Jesucristo, debe llevar al trabajo de evangelización y de promoción humana. Se trata aquí de un elemento clave de la hermenéutica de Romero, a saber, que los esfuerzos de evangelización y de liberación no pueden estar dissociados y, mucho menos, en contradicción. De manera que la evangelización realizada a partir de tres mediaciones: socio-analítica, hermenéutica y práctica será liberadora y creadora de un significado liberador de la historia y de las Escrituras.

Comprometido sobre el camino trazado por el padre Grande, el arzobispo siente que la Iglesia, percibida como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo en la historia, es víctima de la persecución. Ésta no se dirige sólo a la parte de sus ministros, sino que alcanza al conjunto de los miembros que forman el pueblo de bautizados. Recíprocamente, su mirada de fe le revela que es la persona misma de Cristo quien es maltratada en el cuerpo de los que son víctimas de la represión⁸. "Sois la imagen de divino traspasado", les dirá a los ciudadanos de Aguilares después de un mes de ocupación militar y malos tratos. De igual forma, una lectura histórica y política de la cruz de Jesús nos revela la naturaleza intrínseca del poder corrupto que se mantiene sobre la mentira y la violencia del estado.

III. EL PROYECTO DE SALVACIÓN-LIBERACIÓN

La hermenéutica de la Historia de la Salvación-Liberación es orientada por la perspectiva de la liberación de los pobres en vistas a la formación de un pueblo



estructurado sobre la base de nuevos criterios de pertenencia como la fe mono-teísta, la ley mosaica y la exclusión de relaciones de dominación. El Antiguo Testamento, según esta visión, constituye el testimonio popular de esta experiencia. Dicho de otra manera, representa la Presencia bienhechora de lo divino en medio de las vicisitudes de la vida humana, pero también en el corazón de lo cotidiano⁹. Es un Dios que salva dentro de la historia, acompañando la marcha vacilante de la existencia humana. Él anima y devuelve el coraje a los afligidos mediante la voz de los profetas.

Según esta perspectiva, definida como liberadora, la pedagogía divina de la Alianza representa la explicación de las principales etapas de la intervención de la gracia divina en la constitución y consolidación del pueblo de Israel como arquetipo de una comunidad fraterna. El Antiguo Testamento testimonia los obstáculos inherentes al advenimiento de la Salvación-Liberación. Él nos enseña cómo el pecado, la esclavitud, el miedo, la codicia y la idolatría se oponen a la fundación de una nación santa. Sin embargo, a pesar de todos los peligros externos, Israel acaba por entender que su peor enemigo sigue siendo su falta de fe en él mismo y en la Providencia divina que le acompaña a lo largo de toda su historia¹⁰.

A este respecto, los ídolos representan la inseguridad de los dirigentes y del pueblo ante la incertidumbre económica y política; podemos reconocer la expresión de miedos inconscientes que asedian los abismos de la memoria histórica. La idolatría, según Romero, constituye un verdadero "opio del pueblo", que prefiere quedarse dormido en vez de asumir con valentía su destino histórico¹¹. Éste no puede, no obstante, cumplirse mediante la expoliación y la dominación de otras naciones más débiles: por eso, él denun-

cia con vehemencia toda forma de imperialismo como una perversión de la vocación histórica de los pueblos. Ilustra su propósito mandando una carta a Jimmy Carter, para que Estados Unidos dejen de enviar armas a las tropas salvadoreñas, quienes se sirven de ellas para masacrar a la población.

Evidentemente, el proyecto de Salvación-Liberación se inscribe en una perspectiva colectiva, única capaz de influir eficazmente en el curso de la historia. La condenación eterna representa el encierro en uno mismo y sus intereses privados. Asimismo, persistir en una fe privatizada es obligar a la gracia a permanecer evanescente y no ofrecer a los excluidos del banquete terrenal más que un escaso consuelo en la eternidad. Idealmente, la historia debe ser asumida de manera consciente por el Pueblo de Dios, el cual, generación tras generación, es invitado a volver a descubrirle el sentido. Hay que reparar en que este trabajo de interpretación de la realidad y de búsqueda de la voluntad divina aparece ahora inscrito en el esfuerzo de redacción de los diferentes autores bíblicos que escriben muchos siglos después de los hechos relatados.

Asimismo, Romero reinterpreta las Escrituras a partir de la realidad de su país. Escrutando el efecto disolvente que su verdad posee sobre las proyecciones idolátricas que los poderosos perpetúan para mantener al pueblo en un estado semiletárgico, construye así asombrosos paralelismos entre las narraciones del Éxodo o la cautividad en Babilonia, y la historia contemporánea de su pueblo¹². Gracias a la recuperación de estos "relatos épicos", él evoca el poder de Dios quien, con la ayuda de hombres y mujeres de buena voluntad, permanece en constante lucha contra las fuerzas de corrupción y decadencia. Suscitando la toma de posición ante las coordinadas

históricas, el prelado establece una dinámica de unidad y de esperanza allí donde la población experimenta persecución. Anima a los salvadoreños a perseverar ante las pruebas, recordándoles que Dios oye sus clamores y que vendrá más pronto que tarde a socorrerles y a castigar a los verdugos y a sus amos. Incluso si la liberación definitiva no acontece en la historia presente, Romero nos recuerda, a la manera de los libros de los Macabeos, que al final Dios vendrá a juzgar a vivos y muertos¹³. Incorpora la tragedia humana a la intemporalidad del juicio escatológico, delimita la duración efímera de la vida terrestre en relación con la eternidad y desarma simbólicamente a los que creen triunfar para siempre.

El arzobispo de San Salvador desea también suscitar la responsabilidad subyacente hacia el despertar de la conciencia y a la certeza de la fe. La Salvación-Liberación aparece a sus ojos como un proyecto histórico que nos relata la predilección de Yavé en favor de los pequeños y de los débiles, de las víctimas y de los oprimidos, de aquellos que no tienen más que la fe para consolarse. Al contrario de la historia oficial que nos relata asépticamente los hechos de los imperios victoriosos, la Historia santa otorga un lugar determinante a la derrota y a la experiencia de fe de gente común. Tiene en cuenta lo que algunos han llamado al reverso de la historia como lugar de revelación de la Presencia divina en la obra. Esta dimensión viene a discutir la legitimidad de la opresión como contraria a la justicia divina y por eso es calificada de subversiva. La perspectiva de Romero restablece el sentido de lo sagrado revelado en Jesucristo, no como respaldo del poder, sino como reorientación definitiva de la historia a partir del oprimido. Así, frente a los imperios y los reinos que siempre se han adjudicado el poder absoluto y la representación de lo sagrado, la postura teológica de Oscar

Romero establece precisamente la puesta en duda de la sacralización del poder manifestado en la profanación de la imagen divina inscrita en cada ser humano. En este sentido, desde que excede cierto límite y olvida el carácter inalienable de la dignidad humana, el poder político o económico se entronca con una forma de idolatría y exige víctimas para mantenerse y afirmar su poder.

Además, la exégesis histórico-crítica ha revelado numerosas incoherencias e improbabilidades en las narraciones veterotestamentarias que revelan más precisamente el esfuerzo de unificación de las diversas experiencias del pasado, entendidas como Salvación-Liberación y vividas por las diferentes tribus proto-israelitas. Romero interpreta las Escrituras desde este ángulo, no quitándole la magia de su poder evocador, sino recuperando su carga simbólica y enlazándolas a la realidad de muerte que vive su pueblo. El origen de toda nación no se sitúa en la pretensión de pertenencia a una raza o a un clan determinado, sino más bien en la adhesión a un conjunto de valores representados por un ideal que estructura y orienta el desarrollo de una identidad común¹⁴. Es peculiar de las naciones latinoamericanas ser el resultado del mayor mestizaje de la historia humana, lo que no les impide poseer cada una sus propias características.

La salvación se realiza en la historia de una nación en la medida en que parecen reunirse ciertas condiciones propicias. Jamás se alcanzan en plenitud y por eso se dice que es mejorable. La salvación histórica debe preservar su vínculo con lo trascendente, que le mantiene a distancia en su actuar si no quiere perderse en los meandros de la inmanencia. Esta salvación sólo será auténtica si se niega a transigir con las estructuras opresoras del pecado basadas en la mentira, la corrupción y la injusticia. Recordemos

que la trascendencia no significa necesariamente separación de la historia, sino más bien la manifestación de lo que ésta última conlleva más allá de sus límites y de los condicionamientos humanos. Desde esta óptica, la trascendencia se revela presente en el interior de las liberaciones parciales que reflejan un cambio de actitud relativa a ciertas situaciones de injusticia y opresión¹⁵. La lucha por los derechos civiles de los negros americanos, por ejemplo, aun cuando no alcanzó todos sus objetivos, ilustra bastante bien nuestra teoría.

La Nueva Alianza realizada en Jesucristo modificando las reglas que rigen la propuesta de Salvación-Liberación, que ha pasado de ser una concepción nacional e histórica en el Antiguo Testamento a una definición mucho más personal y ahistórica. Frecuentemente mal interpretada, como Romero mismo reconoce, la Salvación en Jesucristo se ha tornado con el transcurso de los siglos en instrumento moral del poder establecido que permite la preservación del orden mediante el rígido control de las costumbres y de las conciencias. Para esta corriente de la teología práctica, la Nueva Alianza implica el anuncio de la Buena Noticia. En lo sucesivo, la Salvación se ofrece a todos y toda carne verá a Dios. Sin embargo, este anuncio de la Salvación eterna no debe hacerse en detrimento de la salvación histórica como signo tangible de la conversión de los corazones y las estructuras. Si no se trataría de una dictadura de tipo teocrático, desviación posible siempre, tanto a derecha como a izquierda, donde la práctica invalida el discurso. Para este pastor, la fe en Jesucristo no debe ser un elemento entre tantos otros de nuestra identidad personal, sino el cimiento sobre el que se erige una conciencia inclinada a amar y actuante en este mundo¹⁶.



Con la Resurrección de Jesucristo, en cuerpo y en espíritu, la Salvación de alguna manera ha estallado en todos los sentidos y se nos revela en toda su plenitud. El Cristo, por su mensaje, también ha transmitido una jerarquía de valores universales, la parénesis ética, que sitúa al ser humano en el centro del actuar moral de los cristianos. Por eso, según el arzobispo, la concepción de la Salvación-Liberación se inscribe inevitablemente en la construcción de la salvación histórica. Para él, la Salvación-Liberación aparece como una experiencia de carácter colectivo mientras que la condenación corresponde especialmente a un destino individual que, cuando se trata de un hecho de un gran número de personas, no reside sino en los individuos separados los unos de los otros, porque se apartan de la verdad de Cristo que pretende edificar pueblos y comunidades de vida.

IV. EL JESÚS HISTÓRICO

Inevitablemente, la definición de la identidad de los cristianos pasa por la del

Dios en quien pretendemos creer. Si aparece plural en sus manifestaciones, esto se debe a que los atributos que le rodean se refieren al mismo personaje. Desde esta perspectiva, el conocimiento y la interpretación de la vida del Hombre de Nazaret poseen una importancia primordial en lo que se trata de la veracidad de la fe y su eficacia histórica, incluso su ineficacia aparente al pie de la cruz. Como recuerda Juan Luis Segundo, incluso aunque es imposible tener un acceso directo al Jesús histórico, los relatos evangélicos permiten situar al Cristo socialmente¹⁷. En efecto, en un mundo sacralizado en torno a las nociones de Templo y de poder imperial, Jesús expresa una voz discordante, aquélla de la predilección de su Padre en favor de los excluidos. Asimismo, la dimensión política de la vida y predicación del Jesús histórico debe ser tomada en cuenta para captar toda la riqueza del sentido revelado en las narraciones evangélicas y las interpretaciones que de ellas hicieron las primeras comunidades cristianas.

La manipulación ideológica de la religión como medio de legitimación de las injusticias sociales y de la opresión estructural fue igualmente denunciada por el Nazareno. El no sólo choca con fuerzas demoniacas presentes en la historia, sino también con sus mediaciones históricas encarnadas en los poderes de su tiempo. Para Romero, esta vuelta al Jesús histórico conlleva una recuperación de su mensaje en tanto que anuncio del Reino de Dios y denuncia de Anti-reino¹⁸ encarnado en las estructuras y del que los espíritus que les sirven.

De facto, la crucifixión viene a establecer una separación en el corazón de la historia. La fe en Jesucristo implica una decisión ética que concierne a la opción fundamental de cada cristiano. Si una comunidad de creyentes desea seguir su ejemplo, es obligado constatar que Jesús no permanece impassible ante la injusticia y la miseria, esto es lo que constituye la vertiente conflictiva de la fe. Mientras ésta se sitúa en una posición crítica frente a los dirigentes y encarnada en las estructuras y en los espíritus que lo sirven, provoca una gran controversia que remueve los fundamentos del orden establecido¹⁹. Como la religión cristiana pertenece a un círculo cerrado de representaciones sagradas del orden y del poder, recuperar el testimonio del Nazareno implica una oposición a la negación de los pobres y los hambrientos.

Para el prelado, la recuperación del Jesús histórico y de su contexto socio-político atendiendo a su opción en favor de los pobres nos lleva a reconsiderar la figura de la Virgen latinoamericana. Ésta aparece a partir de ahora, como una mujer del pueblo que comparte sus penas y sus esperanzas. Igual que su Hijo, María asume, como su Hijo, la función de arquetipo humano, de modelo ejemplar de la mujer de Dios, comprometida con la historia para permitir la llegada del Reino mesiánico y el derrocamiento de los

potentados. Ella misma conoce la marginalidad y la exclusión, subraya el arzobispo²⁰, dando a luz casi al borde del camino. Una vez más, para esta aproximación teológica, el valor de los relatos evangélicos no reside en la historicidad de todos los hechos narrados, sino en su poder de evocación para un pueblo que conoce las condiciones de vida extremadamente precarias.

Romero reconoce en esta mujer la imagen de una persona comprometida con la liberación de su pueblo que se hace colaboradora de Dios en su obra de Salvación-Liberación²¹. Él reubica rápidamente la imagen de la Virgen del lado de los perseguidos recordando que la aparición de la Virgen de Guadalupe se manifestó a un hombre perteneciente a un grupo social pobre y menospreciado. María representa el ideal de una Iglesia comprometida con su pueblo, ni "desencarnada", ni sumisa; en sus homilias ella adquiere la personalidad de aquella que sufre las angustias de su patria y que espera la venida del Liberador. Esta nueva percepción de María como militante de los derechos humanos acompaña el desarrollo de la identidad feminista en Latinoamérica, en el sentido de una concepción diferente del papel de la mujer en la familia y en la sociedad. Esta redefinición cuestiona igualmente la imagen patriarcal transmitida en las Escrituras y en la Iglesia tradicional.

Continuando el estudio de este discurso teológico como práctica de liberación, Romero presenta el Cristo de la Kenosis, el Dios hecho hombre, semejante al último de los campesinos que frecuenta su catedral. El relato de la Navidad, en sus palabras, adquiere otra dimensión porque sitúa a Jesús no sólo en medio de los pobres, sino como el último de ellos. De esta manera, restablece la dignidad humana de los más pobres permitiéndoles identificarse con Cristo. Esta

nueva percepción que adquiere la divinidad en el espíritu de los campesinos salvadoreños les hace volverse a valorar y les permite acceder a la comprensión del amor incondicional de Dios. Así, la potencia del "mito", emparentada con las realidades de sufrimiento y de exclusión, es preponderante en el universo semántico de Romero²². Esta *metanoia* popular de la percepción de la persona histórica que fue Jesús de Nazaret como Liberador del género humano, constituye una fuente de inspiración para la vida y el compromiso de numerosos cristianos, en cualquier parte de Latinoamérica.

Él enseña que la Encarnación del Verbo implica dos dimensiones específicas de una pedagogía y un conjunto de actitudes humanas que agradan a Dios. Estas dimensiones se manifiestan en Jesús en la relación fraterna que logró establecer con los humildes y en la denuncia profética que hace de los abusos de los poderosos, de forma que la Liberación propuesta por Jesucristo pasa por un esfuerzo de humildad, de austeridad y de abnegación

como camino a la felicidad auténtica de los hijos de Dios. Este acercamiento a los más pequeños no puede llevarse a cabo con una relación condescendiente porque son precisamente las relaciones de igualdad las que liberan el alma humana de sus pretensiones de absoluto y de su sed de dominación. La Encarnación se revela en medio de los pobres y demuestra la predilección de Dios hacia los débiles y hacia los que dependen unos de otros para su supervivencia. Por eso Cristo ha elegido vivir con los que eran más susceptibles de entender su llamada de liberación y de fraternidad²³.

Además, la espera del mesías revela una situación colectiva de opresión o de alienación vivida por un pueblo en la historia. La desilusión que sigue al Domingo de Ramos proviene de la desproporción de las expectativas humanas, de la falta de espíritu crítico y de una miopía escatológica que confiere a los hombres lo que es propio de Dios. De la misma manera, si Jesús no atribuye a su misión un carácter político, esto no significa que desprecie las reformas urgentes y necesarias que deben ser puestas en marcha en este ámbito, sino más bien que quiere abarcar la totalidad de lo real, incluyendo las condiciones políticas y económicas²⁴.

El arzobispo nos presenta un Mesías que se identifica completamente con los sufrimientos de los salvadoreños. De este modo, reconoce al pueblo que camina a través de la historia con su cruz al hombro, que soporta las penurias de la existencia y que se percibe a sí mismo crucificado por los poderes de la injusticia y la represión. En la cruz aparece expresa-



da la suerte reservada a los no-ciudadanos del imperio, aquellos a quienes se niega la libertad de expresión y el derecho a la vida. Para Romero, la cruz sitúa al ser humano ante la opción fundamental de la existencia: en la Historia de la Salvación-Liberación que nos toca vivir, ¿estamos a favor de las víctimas o de los verdugos²⁵?

En la cruz, Jesús establece un criterio irrevocable de justicia en el corazón de la historia. Instauro un nuevo ethos que quiere estar al servicio de los otros en el ejercicio del poder. Desde ahora, las víctimas inocentes encuentran en Él amparo y consuelo, convencidos de su participación en su victoria sobre la muerte. La dimensión trágica de la historia retoma así su carácter escatológico que confiere a cada uno la responsabilidad de ser generador de vida o de muerte. Para la teología de la liberación, la cruz representa en su expresión histórica la afirmación de la fidelidad a Dios asumida como espíritu de solidaridad con las víctimas. Por ello, la fe no debe estar separada de la política como preocupación común de la conducta de un pueblo. Una fe privatizada, subraya, aparece mutilada de su sustancia y de su verdadero poder de renovación del mundo. Querer disociar la vida y la muerte del Hombre de Nazaret de su contexto político, es privarle de toda su carga profética²⁶.

La Resurrección, en tanto que intervención divina inesperada viene a confirmar la verdad y el origen del mensaje anunciado por Jesucristo. El sepulcro vacío nos deja un eterno cuestionamiento, pero también significa igualmente un motivo de esperanza para todos los oprimidos de este mundo. El Dios de la Vida se ha manifestado y ha tomado partido en su favor. Lo importante para Romero es que lleguemos a captar el sentido liberador contenido en la Resurrección comprendida como rechazo divino de la injus-

ticia y del mal infligido al inocente. Sin embargo, frente al entusiasmo extraordinario que suscita esta victoria definitiva sobre la muerte, no se debe olvidar su principal significación como confirmación de la presencia del Reino de Dios en la historia. En consecuencia, la Salvación no debe de ningún modo convertirse en una huida del mundo y de sus desafíos, sino al contrario, la Resurrección abre las puertas a la esperanza de los que luchan por el advenimiento de un mundo mejor²⁷.

El anuncio de la Buena Noticia, el esfuerzo multiplicador del trabajo de evangelización, siguen siendo una exigencia de la fe. Para Romero, el compromiso pastoral corresponde a una práctica de liberación que persigue resucitar a las víctimas abandonadas al borde del camino como consecuencia de la competitividad. Esta práctica sigue siendo conflictiva puesto que los que son sacrificados tienen su razón de ser (sirven para perpetuar las relaciones de dominación), pero eso será la prueba de que algo nuevo está naciendo y de que el Reino de Dios se acerca²⁸.

V. EL CRISTO TRANSCENDENTE

Durante siglos la adoración al Cristo resucitado ha ocultado el tema principal de su misión: el anuncio de la presencia del Reino de Dios como renovación de la historia y de los hombres. Es más, la visión de fe que ha sido transmitida por largo tiempo ha dejado poco espacio al Hombre de Nazaret y su redescubrimiento por las clases populares ha sido posible gracias a la reapropiación de las Escrituras realizada por los círculos de lecturas bíblicas y las comunidades eclesiales de base (CEBs) de América Latina. En adelante, el fenómeno de identificación con Cristo no se efectúa solamente en los tormentos de la cruz o en la magnificen-

cia de su trono celestial; las CEBs han redescubierto el lado humano que hace de Él un compañero de camino, alguien que encarna las aspiraciones del pueblo hacia la liberación. Así, el Jesús histórico trasciende las estructuras de su época y los cristianos aprenden a reconocerlo en la mirada sonriente de sus compañeros. Sin embargo, Romero salvaguarda el carácter sobrenatural del Cristo trascendente como Señor de la historia. La fe cristiana se constituye sobre la base de equilibrios y de paradojas donde se encuentran la debilidad y el poder, la humildad y la gloria, el sufrimiento y la Resurrección, el cuerpo y el espíritu, el Jesús histórico y el Cristo trascendente. Para este pastor, la teología no debe renunciar a ninguna de estas dimensiones si quiere permanecer joven y abierta a la renovación permanente en la interpretación de su riqueza de sentidos.



Desde la época de Constantino, la imagen de Cristo-Rey ha simbolizado muchas veces una divinidad colusoria con el poder y el orden establecido. Su Reino de Justicia se anula y, por sustitución, el Reino de Dios se convierte simplemente en la cristiandad impuesta por el imperio. Romero no plantea la cuestión del Cristo-Rey desde un ángulo ideológico, sino teológico. Lo considera como aquel que viene a fundar su Reino sobre la tierra estableciendo claramente la distinción entre la Iglesia y el Reino de Dios, que trasciende y sobrepasa los estrechos límites de ésta última. Como de costumbre, el prelado recupera la tradición de piedad popular del Cristo-Rey, para engendrar una nueva perspectiva de fe. Para él, pertenecer al Reino es querer responder a las exigencias de su Soberano²⁹. Así, la comparecencia de Cristo ante Pilatos representa la confrontación entre dos concepciones opuestas de poder. Cristo ha venido para redefinir las relaciones de autoridad, Jesús no es indiferente a la suerte de los humanos, razón por la cual rechaza las estructuras que se erigen sobre la dominación y la injusticia. Su Reino se constituye sobre la base y la adhesión a la verdad que Pilatos ridiculiza. Según Romero, la verdad es el rechazo de toda forma de idolatría y la búsqueda permanente de lo justo y del bien.

En la dialéctica de la Salvación-Liberación, el prelado no renuncia a las exigencias de la justicia, ni esquivo el peligro de la condenación eterna. El infierno y el cielo permanecen presentes en su universo metafórico, prometiendo el primero a los que pisotean la dignidad de los hijos de Dios y el segundo a los que rompen las cadenas de la alienación y de la explotación. Si bien este argumento fue abandonado por la teología europea, es absolutamente pertinente observar la carga profética de un discurso de este tipo. En un nivel simbólico, si bien es

importante identificar el ideal que se persigue, es tanto mas pertinente identificar contra qué se lucha. De esta manera, la imagen del infierno viene a cristalizar en la mente del pueblo la abominación de todo lo que envilece al género humano. Ante la tragedia que supone la represión, a fin de reforzar la esperanza, es necesario que haya una justicia post mortem. Ese es el papel que juega el Hades en la interpretación de la realidad que hace Romero.

El arzobispo demuestra que los que se comprometen en el seguimiento del Señor deben estar a la escucha de las víctimas de este mundo como lugar de revelación del pecado de los hombres y, paradójicamente, de la obra de la gracia divina. En efecto, los pobres aparecen en las homilias como los mediadores de la Salvación-Liberación como fue prefigurado por el Servidor Sufriente de Isaías³⁰. Si bien el trabajo de evangelización, como práctica teológica de liberación, se inspira en la Presencia cristológica trascendente, debe permanecer enraizado en la realidad cotidiana de la gente, lo que implica una buena dosis de escucha y observación, así como un esfuerzo permanente de análisis social. Esta misión debe despertar al pueblo a las realidades mesiánicas como dinámica de participación en la construcción de la historia³¹. Si la Palabra trasciende las realidades humanas, es para iluminarlas mejor, de forma que la predicación no debe ser nunca un discurso aséptico, previene Romero. Según él, la opción preferencial por los pobres sigue siendo el criterio de evaluación de la autenticidad de la fe y de la profundidad de la conversión. Esta opción se revela determinante y se mantiene irrevocable porque atestigua la credibilidad del sentimiento de pertenencia a la Iglesia de Jesucristo.

La presencia cristológica en la historia se manifiesta en la Iglesia y sus sacra-

mentos que, ciertamente, no constituyen los únicos lugares de su revelación. La esperanza aparece como el nuevo paradigma que ha sido inscrito en la historia con la muerte-resurrección de Jesucristo y es ahí donde reside la fuerza del cristiano. Así, para descubrir esta Presencia y manifestarla a los seres humanos, es necesario saber mantener la dialéctica entre el análisis de la realidad, la observación de los signos de los tiempos, la interpretación liberadora de la Palabra de Dios y la oración como lugar de interiorización y de unificación del sentido de lo revelado. Esta perspectiva constituye el elemento esencial, de la práctica de la liberación encarnada por el arzobispo de San Salvador. Estas acciones que inspiran, orientan y dinamizan la praxis, son posibles en comunidades capaces de recibir el Espíritu, en ellas se concretan las dimensiones espirituales y fraternas de la Salvación-Liberación.

VI. LA ACTUALIZACIÓN DE LA FUNCIÓN PROFÉTICA

El profeta es aquel que percibe y anuncia la trascendencia de la realidad presente, revelando el sentido subyacente de las cosas y demostrando el verdadero alcance del pecado como elemento desestructurador de los hombres y de la sociedad. Reafirma la primacía de Dios en un mundo que se encierra en las perspectivas inmanentes y olvida el sentido último de la historia. Este hombre de Dios que se expresa en verdad, es rechazado por quienes promueven los anti-valores de este mundo y sus seguidores porque invierten simbólicamente el orden establecido y proponen una actitud revolucionaria en un mundo acostumbrado a la indiferencia. Entre otras características del auténtico profeta, observamos que proviene del margen de la sociedad, que no busca el poder, llamando a la conversión

de los justos y suscitando la esperanza en el corazón de los afligidos³².

Romero generaliza la función profética que exige ser vivida en todo lugar donde la virtud se opone al pecado. Según él, ser una nación santa y un pueblo de profetas responde a una misión permanente que exige la vigilancia de cada momento, sabiendo encarnar el espíritu de libertad. A sus ojos, las comunidades eclesiales de base representan comunidades proféticas porque ellas buscan establecer el espíritu y los valores del Reino de Dios en la sociedad. Ellas producen una conciencia solidaria y forman un cuerpo espiritual de manera que atacar a uno de sus miembros es causar un perjuicio al amor de Dios que los agrupa. El Pueblo profético constituye, en este sentido, una presencia y una revelación de Dios en el corazón de este mundo, hace creíble la Palabra actualizándola en su práctica de liberación. La evangelización, entendida como enseñanza, difusión y encarnación de la Palabra de Dios en la realidad histórica, expresa el principio vital del Pueblo profético. La virtud y la santidad de las familias y de las comunidades se asocian a su testimonio de vida³³.

Para una teología práctica de la liberación, la función profética debe inspirarse en el Jesús histórico y busca establecer una relación de correspondencia con el espíritu de las Bienaventuranzas. En ellas

aprendemos que el Pueblo de Dios se edifica empezando por la base y permanece como el lugar predilecto del liberador, que requiere previamente haberse liberado de su conciencia alienada por el sistema idolátrico³⁴. Los profetas creen en el poder transformador de cada acción, reconociendo allí la presencia de la trascendencia y en este sentido utilizan los símbolos susceptibles de cristalizar un nuevo *ethos* colectivo.

La Salvación-Liberación emana de la implicación social y religiosa de todos porque es en conjunto como se salva el Pueblo de Dios. En este sentido, algunas organizaciones populares asumen una función profética en el seno de la sociedad cuando denuncian lo que perjudica a los más desfavorecidos y reclaman las reformas estructurales necesarias. La Iglesia y los cristianos comprometidos pertenecen también a esa fracción de seres humanos que interviene en el mundo para sacudir su apatía o para oponerse a leyes que no benefician más que a los bien instalados. La especificidad de la función profética consiste también en elevar el carácter inmediato de aquellas reivindicaciones dentro de una relación de correspondencia con la voluntad divina. Ésta actúa en una perspectiva sagrada, reafirmando los valores inalienables y el lugar que ocupan el Creador, la criatura y la creación, respectivamente. Este traba-



jo permite recuperar la identidad real del Cristo, liberándolo del secuestro ideológico de que es objeto por parte de los poderosos³⁵.

El arzobispo afirma que las dimensiones de la política y de la fe no deben ser dissociadas. En efecto, el punto de vista teológico, dentro de una sociedad pluralista, permite la afirmación de una opinión crítica de orden simbólico en relación a la dirección temporal de los asuntos del mundo. Asumir la dimensión política de la fe es asentarse en lo real desde la afirmación de la voluntad divina, subrayando en la dimensión sagrada presente, por un lado, la realidad como vía de acceso a la Salvación-Liberación y por otro la preservación de lo que hay en los seres humanos de auténticamente humano. Para la exégesis, eso significa que debemos tener en cuenta los aspectos históricos, geopolíticos, sociales y culturales que aparecen implícitos en el período de referencia. De este modo, la dimensión política guía el esfuerzo de interpretación hermenéutica de los relatos bíblicos, esforzándose por descubrir el rastro de los intereses que entran en juego en la redacción de los textos. Como el análisis social, el método exegético no es imparcial ante las estruc-

turas y los discursos que pretenden mantener el *statu quo*.

Las mediaciones concretas de la historia son los lugares donde Cristo ha elegido llevar a cabo su existencia. Para Romero es la presencia efectiva al lado de los pobres lo que permite oír la llamada de justicia que brota de este mundo. No se trata de un lugar entre otros, sino que es el centro de interpretación que revela a los profetas las luchas de interés en favor de la vida o de la muerte. Desde esta óptica, debemos aprender a descifrar las contiendas políticas como opuestas o propicias al advenimiento del Reino de Dios a partir de los "sin voz". No obstante, esta lectura de la realidad hecha a partir del ángulo político, jamás debe hacer olvidar a los profetas la relación que mantienen con la trascendencia. Evitando una interpretación unívoca y exclusivamente materialista de la realidad, no debe cometer el mismo error que los sistemas idolátricos que pretenden poseer la totalidad de la verdad, secuestrando las posibilidades de lo real y su potencial de engendrador de un futuro diferente³⁶.

Las libertades de organización, de asociación y de expresión aparecen esenciales a los ojos de este pastor para permitir una participación auténtica del pueblo en los debates democráticos relativos a su porvenir. Bajo una dictadura, defender estas prerrogativas de la sociedad civil se revela como función crucial de la dimensión política de la fe. Así, el arzobispo entronca el ejercicio de las libertades fundamentales con la necesidad vital de las clases trabajadoras de aprender a hacer valer sus intereses en la demanda de una mejor repartición de la



riqueza en el seno de la sociedad. Cristo constituye auténtico fermento de la unidad, de la perseverancia y de la fidelidad a la causa común³⁷.

La misión de la Iglesia no es de orden político, subraya Romero, pero no puede permanecer indiferente ante la suerte reservada a sus miembros y al pueblo en general. El compromiso político realizado en nombre del amor al prójimo es de orden vocacional. Sin embargo, los cristianos permanecen libres en sus opciones políticas y sus acciones no comprometen a la Iglesia como institución. Incluso considerando que existe un vínculo entre fe y política, sus expresiones son distintas y jamás la dimensión política de la fe debe ser entendida en la acepción partidaria³⁸.

CONCLUSIÓN

Tras la muerte de su amigo Rutilio Grande, Romero toma resueltamente el giro conciliar de una Iglesia Pueblo de Dios. Su actuación se inspira en los actos del Concilio, en las conclusiones de los encuentros de Medellín y Puebla, en la opción preferencial por los pobres, en la práctica de las comunidades eclesiales de base y en las nuevas ideas que provienen de la teología de la liberación, sobre todo de Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, inspiración que él confronta con sus propias concepciones de fe. El arzobispo no es un academicista o un teórico, sino que se distingue por su perfil pastoral innovador en el corazón de una situación de crisis. Se enriquece con el contacto con las gentes humildes de su pueblo que él se esfuerza en defender contra los excesos gubernamentales, y con una profunda espiritualidad a la que se consagra dos o tres horas al día.

Como la teología práctica de la liberación, la predicación de Romero opone al pecado presente en toda sociedad la

importancia de tener una idea clara de la Salvación-Liberación. El Antiguo Testamento le sirve de borrador para explicar la intención de Dios de formar un pueblo para que participe de manera colectiva en la construcción de un Reino de justicia y de paz. Insiste en la importancia de tener una visión determinada de la persona y de la misión del Jesús histórico y del Cristo resucitado que continúa su obra a lo largo de la historia. La redefinición de la intención divina y del proyecto de Salvación-Liberación implica una restauración de la vivencia eclesial concebida en lo sucesivo como una presencia orgánica y mística de Cristo en la historia. Entonces los cristianos y el pueblo, conscientes de esta misión, pueden convertirse en los heraldos de Dios por sus actitudes y su palabra profética.

La trascendencia de la libertad responde a la actitud del cristiano que decide asumir hasta el fin las exigencias de la función profética integrando la dimensión política de la fe en la escatología de la historia. Por eso Romero no sólo ha hablado de la libertad y del trabajo de liberación. Él mismo se convierte en símbolo mediante el "sobredeterminación" que ha sabido aportar a su existencia. Nos enseña que la libertad no es un camino de facilidades y de absentismo político, sino que requiere fe en Dios y coraje de vivir su opción existencial hasta el final. Para el arzobispo, sólo son libres los hombres y las mujeres que logran salir de sí mismos para encontrarse en Dios que les revela toda la trascendencia de la vocación cristiana.

Dr. Yves Carrier
*Facultad de Teología
y Ciencias religiosas,
Universidad Laval, Quebec.*

(Traducción de Ana Hernández de la Torre)

NOTAS

- 1 Hugo ASSMANN, *Practical Theology of Liberation*, London, Search Press, 1975, p.146.
- 2 Ver Ignacio ELLACURÍA, *Conversión de la Iglesia al reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia*, San Salvador, UCA Editores (col. "Teología latinoamericana", 5), 1985, p.303.
- 3 Oscar A. ROMERO, *Mons. Oscar Romero. Su pensamiento*, t.I-VIII, San Salvador, Publicaciones Pastorales Arzobispado, 1981-1989, p.2450.
- 4 Ver la homilía del 15 de enero de 1978, *ibid.*, t.III, p.154.
- 5 Ver Óscar A. Romero, "La dimensión política de la fe, tal como aparece a partir de una opción por los pobres", discurso en la Universidad de Lovaina para la recepción del título de doctor honoris causa, el de de febrero de 1980, en *Óscar Romero. Archevêque de San Salvador, Assassiné avec les pauvres*, Paris, Cerf, 1981, p.77
- 6 Ver la homilía de 19 de febrero de 1978, en *Mons. Óscar Romero. Su pensamiento*, t.IV, P.26.
- 7 Ver la homilía de 17 de julio de 1978, en *ibid.*, t.V, p. 12-14.
- 8 Ver la homilía de 19 de junio de 1977, en *ibid.*, t. I-II, p.98.
- 9 Ver la homilía de 18 de marzo de 1979, en *ibid.*, t. VI, p.206-208.
- 10 Ver la homilía de 25 de marzo de 1979, en *ibid.*, t. VI, p.225-226.
- 11 Ver la homilía de 24 de febrero de 1980, en *ibid.*, t. VIII, p. 262-264.
- 12 Ver la homilía de 18 de marzo de 1979, en *ibid.*, t. VI, p.205; y la de 25 de marzo de 1979, en *ibid.*, t.VI,p.223.
- 13 Ver homilía de 25 de noviembre de 1979, en *ibid.*, t. VI, p.180.
- 14 Ver Gilberto DA SILVA GORGULHO, "Hermenéutica Bíblica", en Ignacio ELLACURÍA y Jon SOBRINO, dir., *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, t. I, San Salvador, UCA editores, 1990, p.174.
- 15 Ver Leonardo BOFF, *Teologia do Cativerio e da Libertação*, Petropolis, Vozes, 1980, p.82-83.
- 16 Ver la homilía de 4 de marzo de 1979, en *Mons. Óscar A. Romero. Su pensamiento*, t. VI, p. 178-179.
- 17 Ver Juan Luis Segundo, *A história perdida e recuperada de Jesus de Nazaré. Dos Sinóticos a Paulo*, São Paulo, Edições Paulus, 1997, 672 p.
- 18 Ver la homilía de 20 de noviembre de 1977, en *Mons. Óscar Romero. Su pensamiento*, t.I-II, p. 333.
- 19 Ver la homilía de 19 de marzo de 1978, en *ibid.*, t. IV, p. 76-77.
- 20 Ver la homilía de 23 de diciembre de 1979, en *ibid.*, t. VIII, p.67.
- 21 Ver la homilía de 1 de enero de 1978, en *ibid.*, t. III, p. 122.
- 22 Ver la homilía de 24 de diciembre de 1978, en *ibid.*, t. VI, p.75.
- 23 Ver *ibid.*
- 24 Ver la homilía de 2 de septiembre de 1979, en *ibid.*, t. VII, p. 219; y la de 16 de septiembre de 1979, en *ibid.*, t. VII, p. 260.
- 25 Ver la homilía de 19 de marzo de 1978, en *ibid.*, t. IV, p. 81-82.
- 26 Ver la homilía de 9 de septiembre de 1979, en *ibid.*, t. VII, p. 326.
- 27 Ver la homilía de 19 de junio de 1977, en *ibid.*, t. I-II, p. 99.
- 28 Ver la homilía de 16 de abril de 1978, en *ibid.*, t. IV, p. 162.
- 29 Ver la homilía de 20 de noviembre de 1977, en *ibid.*, t. I-II, P. 327; y la de 22 de julio de 1979, en *ibid.*, t. VII, P. 100.
- 30 Ver la homilía de 19 de marzo de 1978, en *ibid.*, t. IV, p. 80-81.
- 31 Ver la homilía de 4 de junio de 1978, en *ibid.*, t. V, p. 16.
- 32 Ver la homilía de 18 de febrero de 1979, en *ibid.*, t.VI, p. 159.
- 33 Ver la homilía de 10 de septiembre de 1978, en *ibid.*, t. V, p. 177.
- 34 Ver la homilía de 2 de marzo de 1980, en *ibid.*, t. VIII, p. 292.
- 35 Ver la homilía de 23 de marzo de 1980, en *ibid.*, t. VIII, p. 359-361.
- 36 Ver Oscar A. Romero, "La dimension politique de la foi", p. 77-96.
- 37 Oscar A. Romero, "La Iglesia y Organizaciones Populares", en Jon Sobrino y otros, *La Voz de los Sin Voz. La Palabra Viva de Monseñor Oscar Arnulfo Romero*, San Salvador, UCA editores, 1980, p. 91-121.
- 38 Ver *ibid.*

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podéis encontrar los análisis más interesantes de America Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón (c/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza)**

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____

Dirección: c/ _____ n° _____

C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

Deseo recibir *El Ocote Encendido* y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)

Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____

Dirección: c/ _____ n° _____

C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma:

**También puedes encontrar
el Documento del Ocote en:**